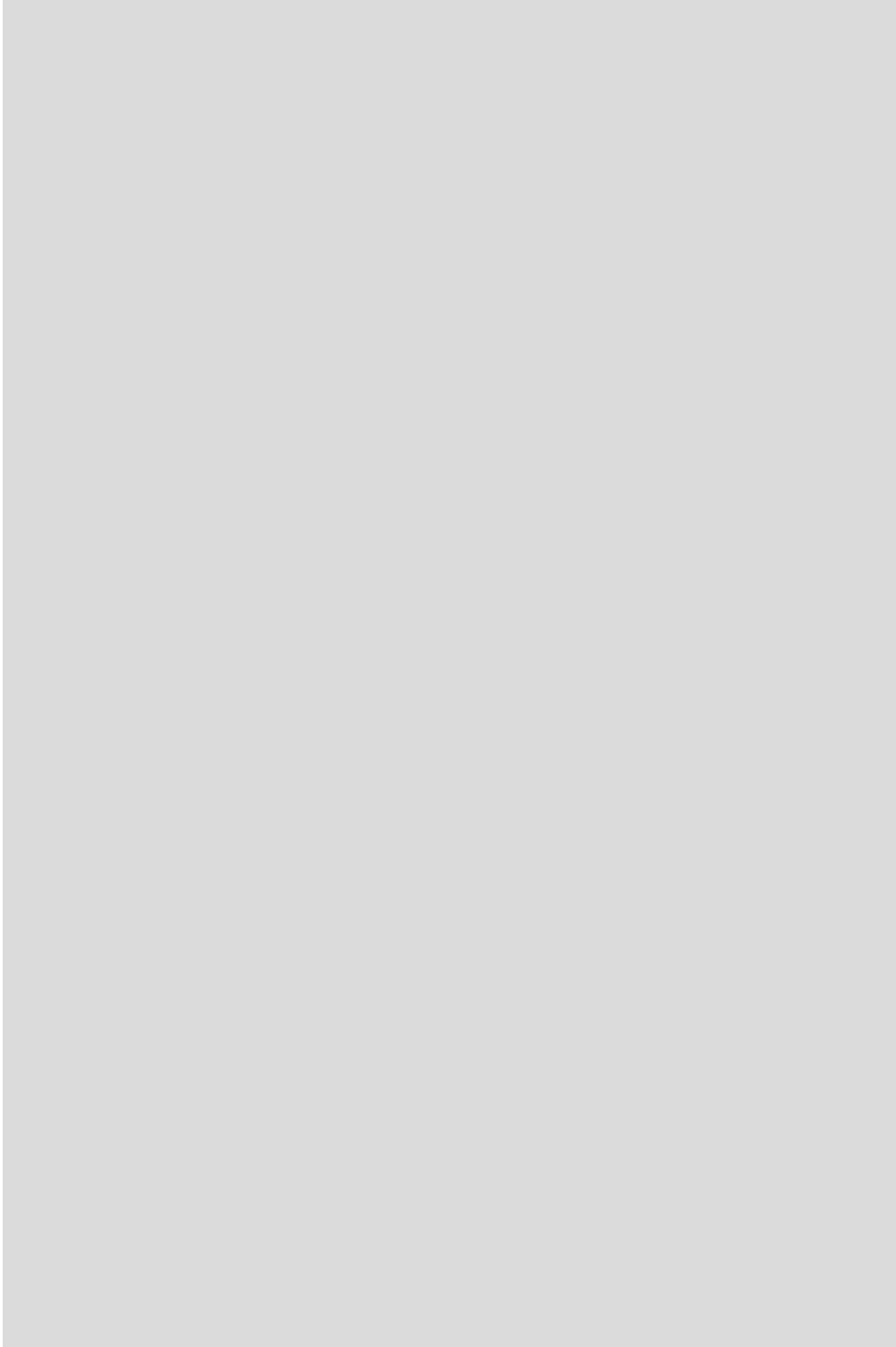


Noches de Bruma

David A.G.



Capítulo 1

SUEÑOS

Las imágenes se sucedían, una tras otra. Cada fotograma era como un destello fugaz, pasando frente a él como una rápida presentación. Pese a eso, no necesitaba verlas para saber lo que ocurría. Ya conocía el final. Cada vez que tenía que experimentarlo, no importaba si eran décimas de segundo u horas, la opresión que le dejaba en el pecho era real y duraba mucho más. Siempre. Todas las veces, sin excepción. Hacía días, tal vez meses incluso, que no tenía que soportarlo y le pilló casi desprevenido. Esta vez no pudo evitar verlo todo de nuevo.

Una familia sonreía despreocupadamente, con verdadera alegría, mientras pasaba la tarde en el patio trasero de su casa. Era una vivienda sencilla pero cómoda, sin destacar, como cualquier otra casa de los suburbios de la ciudad. La fachada pintada de blanco roto contrastaba con el verde brillante del césped.

El hombre, cabeza de familia, alto y con buen porte, llevaba una limpia camisa azul cielo, meticulosamente arremangada. El primer botón parecía estratégicamente desabrochado para demostrar su carácter abierto y moderno, acompañado de unos tejanos desgastados. Todo rematado con un cuidado cinturón de cuero brillante como recién comprado. La hebilla plateada relucía con los rayos de un sol ya en su punto álgido. A sus 28 años ya se había acostumbrado a engominarse bien el pelo corto rubio para que no hubiera ni un solo mechón fuera de su sitio, pero sin que destacara demasiado. Quería que toda su apariencia reflejara juventud y naturalidad. La forma en que se ajustaba la ropa a su cuerpo demostraba las tardes que se pasaba entrenando en el gimnasio y corriendo en la calle, con medidas bien proporcionadas para sus 2 metros de altura, que pese a todo contrastaban con la figura de la mujer que le acompañaba.

El pelo negro le caía rizado sobre los hombros, tan solo cubiertos por los delgados tirantes de ese precioso y delicado vestido blanco de verano. La tela, ceñida al cuerpo, resaltaba unas sutiles pero sugerentes curvas. La piel, otras veces blanca, había adquirido un tenue color dorado, homogéneo, tras el paso de los días soleados. Ambos, tanto ella como el hombre, iban descalzos, sintiendo la hierba recién regada bajo sus pies.

El chico, menudo para sus 5 años, vestía unos sencillos pantalones verde oscuro con una camiseta blanca, estampada con la cabeza de un león rugiendo. El pelo estaba alborotado, típico de cualquier niño revoltoso en esa edad. Y junto a él, un Terranova negro azabache, que doblaba

sobradamente el tamaño del niño.

El padre abrazaba dulcemente a su mujer con una sonrisa en la cara, mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos, poniéndose de puntillas con cariño. A su vez, el niño jugaba despreocupadamente con el moloso, más cerca de caer al suelo que de mantenerse en pie.

En esa escena tan idílica, pese a poder ver algunas cosas con tanto detalle y perfeccionismo, se encontraba incapaz de ver con claridad la cara de ninguno de ellos. Las emociones y sentimientos que desprendían quedaban claros, pero acababa ahí. Podía ver la sonrisa del padre, el amor en los ojos de la madre, o la expresión de bobalicón inocentón del niño, pero los rasgos se difuminaban y volvían imposible la tarea de reconocer un rostro concreto. Todo se borraba y desdibujaba, tanto en el tiempo como en su memoria, como si alguna parte de él prefiriera que jamás pudiera recordarlas con claridad.

Tras lo que le pareció una eternidad soportando el dolor en el pecho, opresivo, intentó acercarse para, como ocurría todas las veces, ver arder la imagen y surgir la siguiente de entre las cenizas.

Ya no había sonrisas, se habían desvanecido. Donde antes se vislumbraban los cimientos de una feliz y deseada vida familiar, empezaba a filtrarse la pena y el desasosiego. El sol seguía alumbrando con la misma intensidad, pero las paredes de la casa habían perdido su brillo, y el césped crecía salvaje sin nadie que lo cuidara y lo mimara. Los marcos de las ventanas se veían desgastados, sin barniz. Difícilmente parecía el mismo hogar de antes. El edificio era el mismo, la gente que lo habitaba también. Pero aun así, la casa era distinta. Nadie reía, nadie disfrutaba. No había perro ni chico que jugaran en el patio. Tampoco abrazos y cariño llenando el espacio. El panorama lentamente empezó a cambiar.

Dio un paso más al frente y las llamas volvieron a consumir la imagen, sustituyéndola por otra nueva.

Esta vez no había patio ni jardín, solo un salón. Tirado sobre una butaca desgastada, el hombre a duras penas podía mantener la cabeza recta mientras veía por enésima vez la reposición de la típica película de domingo por la tarde, de esas que ningún ser humano con uso de la razón debería haber dejado que abandonase los estudios donde se filmó. No hacía falta fijarse en las latas y botellas de cerveza, que inundaban el suelo y rebosaban de la mesita de café que adornaba el centro, para saber el porqué de su estado aletargado. Pero aunque se intentara ignorarlas, habría sido una ardua tarea andar sin tropezarse con varias. La moqueta, ya mohosa tras meses de absorber el líquido dorado a diario, despedía un hedor inconfundible. La humedad cronificada y la podredumbre, perceptibles desde la distancia, saturaban rápidamente todos los receptores olfativos existentes. Y eso a pesar de que sabía que su cuerpo

no estaba ahí realmente. Pero la sensación le golpeaba el rostro con tanta fuerza que a veces había llegado a dudar de su autenticidad.

Mientras tanto, una figura ocupaba el fondo de la escena. La mujer se esmeraba en limpiar el suelo, frotando intensamente con un cepillo cuyas cerdas se habían vuelto inservibles por el uso. Un balde naranja con agua y lejía y una bayeta gris raída eran su única compañía. Si se hubiese acercado, habría podido ver como las palmas de las manos estaban rojas por el roce y el esfuerzo, ya inútil. Hacía tiempo que era demasiado tarde. Para todo.

Cogió aire y aguantó la respiración, cerrando los ojos con fuerza. Pese al dolor que podía sentir, sabía que lo peor estaba por llegar. Aún faltaba la parte más dolorosa. Siempre pasaba por este momento. Se negaba a abrir los ojos y volver a espirar el aire que contenía, en un vano intento de hacer ver que nada de aquello ocurría. Pero nunca funcionaba. Siempre igual. Lo mismo una y otra vez. Sin excepción. Empezaba a notar la falta de oxígeno y le dolían los párpados. Una vez más debía resignarse y dejarse llevar. Debía abrir los ojos, o sino no acabaría nunca.

La oscuridad se vio substituida por la luz de un comedor, con la mayoría de las bombillas fundidas, de un amarillo apagado por la baja calidad del cristal y la suciedad que se había incrustado en él. El hombre sonriente y modélico de la primera imagen había desaparecido completamente. En su lugar tan solo había una sombra de lo que pudo haber sido. Una figura descuidada y desaliñada, con una camiseta blanca de publicidad de la carrera del barrio de unos años atrás cubierta por sucesivas manchas de ketchup, mostaza y otras tonalidades ya indistinguibles, todas con distinto grado de antigüedad. Los pantalones, también sucios, le quedaban holgados y necesitaba llevar el botón desabrochado y con la bragueta rota. Entre ambas prendas asomaba una panza oronda que tensaba el texto estampado en la camiseta.

El pelo largo, despeinado y sucio, con unas entradas antes inexistentes, brillaba como antaño, pero esta vez no había necesitado ponerse ningún producto capilar para conseguir tal efecto. El flequillo le cubría los ojos, pero no era necesario vérselos para saber en qué estado se encontraba de nuevo. Mientras vociferaba palabras casi ininteligibles, sacando todo el odio y la rabia que llevaba dentro, de su boca emanaba el mismo hedor que antes había podido oler en la moqueta. De nuevo, era como un golpe de boxeador profesional en la nariz, capaz de hacer tambalearse a cualquiera. La barba frondosa y larga rodeaba toda la boca y se extendía por el cuello, completamente desarreglada. Estaba llena de unos leves restos de saliva, como si de un perro rabioso se tratara, y de trozos de comida pegados por doquier.

En una mano llevaba el cinturón de cuero, ya desgastado y cerca de romperse, doblado sobre sí mismo para transformarlo de un látigo a una

porra. En la otra asomaban los restos de una botella de cristal rota, cogida por el cuello dándole el peligro de arma blanca. Con ambos, mediante movimientos bruscos, amenazaba y golpeaba a la mujer, que hecha un ovillo sollozaba e imploraba a sus pies. Estaba ya cubierta de sangre, que brotaba de los numerosos cortes que le recorrían el cuerpo, dejando un reguero en el suelo y formando un pequeño charco a su alrededor. Todo ello camuflaba las delgadas marcas plateadas que adornaban la piel pálida de sus brazos y piernas.

Ante todo esto, el niño en pijama observaba la escena desde el marco de la puerta de la cocina. El terror le recorría el cuerpo, haciéndole temblar y bloqueándole los movimientos, incapaz de moverse del sitio en el que estaba. El hombre se percató de su presencia y se dirigió hacia él furioso, con el brazo del cinturón en alto dispuesto a dar el golpe contra él. Pese a verlo acercarse, era incapaz de mover un solo músculo, paralizado por el miedo. Desde el suelo, la mujer levantó la cabeza, con grandes lágrimas llenando sus ojos y gritó algo, dirigiéndose al niño. No podía entender lo que decía, y probablemente el niño tampoco, que empezó a temblar aún más y a llorar también, mojando la ropa. El niño cerró los ojos, con la esperanza de que si no veía venir el impacto se reduciría el dolor, así que no pudo ver como la mujer, tras chillar, se interpuso entre ambos recibiendo el cinturón en la cara rasgándole la mejilla. La salpicadura de sangre en la cara fue el estímulo suficiente. Mientras el hombre descargaba su ira irracional y se ensañaba con la mujer que había saltado a proteger a su hijo, el crío corrió a la cocina y con ansia rebuscó en el cajón hasta encontrar el cuchillo y se acercó a la espalda de su padre.

Por la falta de fuerza o de puntería, no fue suficiente. Con un alarido de dolor el hombre se giró bruscamente, tumbando sobre su espalda al niño, que salió de nuevo hacia la cocina gateando como podía. Mientras, el hombre se levantó y se dirigió a la cocina siguiendo el tintineo metálico que se escuchaba, dejando a la madre semi-inconsciente en el salón. Entró en la cocina, sin encontrar a nadie dentro. El niño se escondía llorando bajo la mesa, esperando inútilmente que no le encontrara y todo acabara. El hombre retiró las sillas de una patada, y se agachó para sacar al niño a rastras si era necesario. En el momento en el que asomó la cabeza por el límite de la mesa, el chico clavó con todas sus fuerzas el nuevo cuchillo al que se estaba aferrando con todas sus fuerzas.

El picor ardiente en los ojos le recordó el rato que llevaba sin pestañear. En el momento en el que parpadeó para rehumedecer la córnea, una vorágine de imágenes se sucedió rápidamente frente a él, demasiado rápidas como para empaparse de todos los detalles, pero suficientemente claras como para entender perfectamente lo que estaba ocurriendo.

El cuerpo del hombre sin vida, tumbado sobre el suelo de la cocina sobre un charco de sangre que teñía las blancas baldosas de un rojo intenso. Un mango de madera asomando por la escápula y otro negro de plástico

incrustado en la garganta.

La policía llegando a la casa, gritando por el comunicador mientras un hombre intentaba tranquilizar al niño y otro cubría el cuerpo de la mujer. Una camilla llevándose el cuerpo.

El niño en un funeral. Dos fotografías en el altillo. Todos lloraban, incluso algunos derramaban lágrimas por el demonio que había vivido con él. Pero él no lloraba. Un hombre, dolorosamente parecido al difunto pero de edad más marcada, acercándose y tomando de la mano al menor, llevandoselo con él.

Una casa pequeña y modesta, con 6 personas más, a la que el niño sabía que no pertenecía. Una nueva mujer, también mayor que su madre, le insultaba y le pegaba. Días sin comer. Denigrado, abandonado a su suerte.

Las amenazas. El miedo. El horror. La desesperación. El pesar.

Todo se arremolinaba y concentraba en el pequeño cuerpo del muchacho, mientras crecía, mortalmente herido en el interior, donde nadie podía verlo.

Sólo de nuevo, en la calle, nada más cumplir la mayoría de edad. Sin dinero. Sin vida. Sin nada.

No pudo aguantarlo más. Contuvo un grito en su interior mientras los últimos fotogramas destelleaban frente a él. El dolor era demasiado. Cerró los ojos con fuerza, hasta que el dolor le hacía pensar que estaban a punto de sangrar. Quizás hubiera sido mejor así.

La negrura y el pesar circulaban a su alrededor, empezando a llenarlo todo de nuevo. Ya no quedaba nada más por ver. Estaba todo hecho.

Y de nuevo, oscuridad.

Capítulo 2

MADRUGADA

Se despertó empapado en sudor, con la respiración rápida y entrecortada. La espalda húmeda parecía que se le hubiera pegado a las sábanas. Escuchaba el latir de su corazón como si tuviera un amplificador en el pecho, retumbando en su cabeza. Si se fijaba estaba seguro de que sería capaz de ver sus costillas moverse por el impacto rítmico. Se quedó mirando al techo unos segundos, mientras dejaba que su respiración se normalizara y su pulso volviera a números normales. Poco a poco las emociones cesaban, calmándose y recuperando al completo la consciencia sobre sí mismo y sus constantes vitales.

Tras unos instantes más de relajación observó el cuarto, sin abandonar su posición estática sobre el colchón, para cerciorarse que estaba de vuelta en su mundo, sus dominios, lejos de las garras del tiempo pasado y los recuerdos. Aunque sabía que los demonios volverían.

Del techo colgaba una lámpara vieja y sucia con una luz amarillenta titilante, anunciando una muerte inminente desde hacía ya tres meses. Podía fijarse en las ondulaciones del filamento de tungsteno, que se negaba a agotarse. El cristal que adornaba la bombilla, que según creía algún día fue de color mostaza, se había opacado con el tiempo y dejaba traslucir menos luz de la deseada. Además, las manchas de la cara interna que nunca había conseguido limpiar del todo arrojaban motas oscuras en algunos puntos de la habitación. Pero él ya se había acostumbrado a esa tenue iluminación para su vida. Las paredes de color crema reflejaban el paso de los años, casi capaces de contar su propia historia, y las zonas más maltratadas ya habían perdido su cubierta de pintura tiempo atrás. Probablemente tuviera más años que él, y lo más posible es que el acrílico fuese con base de plomo, pese a llevar más de 30 años prohibido. Todo en conjunto daba un aspecto algo lúgubre y descuidado, dejado por el tiempo.

Definitivamente, era su habitación.

Tras un débil soplo, se incorporó, apoyó los pies en el suelo frío de baldosas marrones y se sentó al borde de la cama. El viejo colchón de muelles gimió bajo su peso y se hundió ligeramente. Notó una presencia tras de sí, que se recolocaba tras el movimiento de la cama, con una profunda y tranquila respiración. Al girarse, el cuerpo de una mujer se ocultaba entre las sábanas. La piel blanca, tersa y suave, parecía brillar más que la pobre luz de la habitación. Dormía de lado, dándole la espalda. El pelo negro y liso le caía por la espalda, cubriendo la mayor parte de su

columna descubierta de ropa, y los mechones que corrían lateralmente por su frente y mejillas le impedían reconocer bien los rasgos. Pese a estar cubierta con la sábana de cintura para abajo, la tela no ocultaba sus curvas. El tejido se acoplaba perfectamente a su figura, remarcando las líneas de sus piernas, que parecían largas y delgadas, pero firmes, bien trabajadas, que acompañaban la cintura estrecha y las anchas caderas, como un perfecto reloj de arena. Pasó la mano suavemente por su costado, acariciándola. Ella se removió un poco en su sitio sin abrir los ojos y él prefirió dejarla, que siguiera sumida en ese plácido sueño.

Volvió la mirada al frente y cerró los ojos suavemente, llevándose una mano a la cabeza en un vano intento por mitigar el dolor que penetraba en su mente, como agujas perforando sus sienes y el hueso frontal. Al volver a abrirlos observó unas cuantas latas vacías tiradas por el suelo, amontonadas alrededor de la cama, acompañadas de su ropa interior y el resultado de su noche con la mujer desconocida. Tras levantarse y ponerse los calzoncillos, decidió primero tirar los restos de látex, pues hacerlo más tarde volvería aquello una porquería mayor que ahora. Las latas podían quedarse en su sitio por el momento, no quería tener que agacharse tantas veces en ese estado. Ni quería ni tampoco creía que pudiera, no sin sufrir un poco. Lo tiró en la papelera al lado de la mesita de noche y se miró en el espejo, como si no supiera lo que iba a ver. La imagen que devolvía era la misma de siempre. Ojeras más marcadas, pero la de siempre.

Un hombre alto, algo menos de dos metros según la última vez que se midió, aunque ya hacía casi 10 años de aquello, cuerpo delgado pero en forma y espalda recta. Pese a no tener un gran volumen, procuraba hacer el ejercicio necesario y las fibras musculares se marcaban con cierta claridad en el reflejo. Llevaba el pelo corto, cortado a máquina con un estilo casi militar, de un rubio oscuro que se aclaraba por la luz de la bombilla que le golpeaba desde atrás. Pese a tener solo 32 años, el hombre del espejo podría tener más, como si el tiempo hubiera pasado más rápido para él. Tenía los pómulos marcados y prominentes, los labios finos y una barba corta pero algo descuidada que le cubría la mayor parte de la cara, sin llegar a esconder completamente su mentón cuadrado, y partido, como Kirk Douglas en Espartaco.

Los ojos estaban hundidos, bordeados con unas ojeras marcadas, pero pese a ello no habían perdido ni una pizca del color que los caracterizaban. Variaba un poco la tonalidad según como le daba el sol y la luz, incluso algunos decían que los veían cambiar según su humor. Unos decían que era azules, otros que eran verdes, y los que se consideraban expertos en pantones lo llamaban aguamarina. Para él siempre habían sido grises. Duros y fríos, curtidos por todo lo que habían llegado a ver, marcados por las cicatrices y sin color por el agotamiento. Y no se pensaban dejar volver a sorprender. Pese a todo, aunque pudiera parecer algo creído o narcisista, seguía viéndose atractivo, y así se lo habían dicho

otras veces. Lo mismo parecía haber pensado horas antes la mujer de la cama.

El martilleo de su cabeza no cesaba, así que se dirigió al mueble donde guardaba los licores para acabar con el dolor de una vez por todas. Sacó una botella ya empezada de whiskey barato, casi vacía ya pese al poco tiempo que hacía que la había comprado, y un vaso de cristal grueso adornado con motivos florales en un blanco prístino. Destapó la botella, dispuesto a verter el poco contenido que quedaba en el vaso, apurando la botella al máximo, pero en ese momento la imagen del hombre y el cinturón, así como el sonido inconfundible de látigo, cruzaron su mente. Volvió a cerrar los ojos momentáneamente y se resignó a dejar el licor donde estaba, colocando el vaso bocabajo para que no se llenara de polvo. Ese día no, tendría que aguantar con el peso que le acompañaba. Pese a que el cuerpo se lo pedía a gritos, en esa situación el estómago se le cerraba y le negaba la ingesta de alcohol.

Se acercó a la ventana, cogió el paquete de tabaco rubio que había sobre la mesa y el mechero. Se quedó mirando la caja pensativo. El gran círculo rojo, bordeado con las palabras Original Red, parecía que le observara intensamente. Abrió la caja, casi llena, y sacó un cigarrillo, disfrutando de encenderlo y dando una primera calada aspirando en profundidad, mirando por la ventana. Tras ella se veían las luces que iluminaban las calles nocturnas de Taipéi, como luces de neón en Las Vegas, algunas de ellas distorsionadas al intentar atravesar el vaho que empañaba el cristal. Pero él solo miraba al vacío mientras dejaba que el humo que expulsaba de sus pulmones formara un manto gris entre él y el mundo que le rodeaba. Como si esperara que el humo y la nicotina se llevaran consigo la sensación que aún llevaba anclada al pecho.

- ¿Por qué no vuelves a la cama, cariño? ¿O quizás te has cansado ya de mí?

Se giró y vio la cara de la mujer. Pese a que sabía perfectamente que no podía ser así, por lo obvio de la situación, no pudo evitar pensar que era la primera vez que veía a esa persona. Sus ojos color miel, grandes, almendrados y expresivos, se le clavaban profundamente, inspeccionándolo a fondo, mientras él se deleitaba con sus finos rasgos. Los labios, carnosos, destacaban sobre su blanca piel gracias al rojo intenso del carmín, todavía intacto pese a las horas de la madrugada que eran. El pelo alborotado parecía desarreglado con una perfección casi artificial, como se levantaban las actrices en las películas de Hollywood. La nariz era estrecha y fina, respingona. Todo ello encajaba a la perfección, como una musa de una pintura clásica, y se acompañaba de una sonrisa pícaro y falsamente inocente que le brindaba, revelando unos dientes blancos como perlas.

- ¿Cómo habías dicho que te llamabas? ¿Daniel?

La chica parecía no poder evitar contener la risa mientras lo decía. Daniel calló unos segundos. No entendía que podía ser tan divertido.

- Sí. – Fue su única y escueta respuesta.

- ¿Es tu nombre verdadero o es un pseudónimo que usas para engatusar a pobres chicas inocentes como yo? – Insistió ella, continuando con su pequeño monólogo. - ¿Y te acuerdas del mío? ¿Es mejor que te lo recuerde o ignorarlo?

Preguntaba sin perder la sonrisa, que decía más de sus intenciones que cualquier palabra, poniendo voz de no haber roto nunca un plato. Mientras Daniel la observaba, ella se acomodó un mechón de pelo tras la oreja tímidamente, haciendo un vano esfuerzo por intentar cubrirse el pecho con la sábana, mostrando algo de pudor.

Pero si de algo estaba seguro Daniel, era que de inocente no tenía nada.

- ¿Acaso importa realmente a estas alturas? – contestó mientras daba otra larga calada al cigarro, dejando salir el humo por la nariz.

- Mientras te portes tan bien como antes, puedes usar el nombre que tú quieras, cielo.

Daniel no podía evitar dejarse cautivar por esa sonrisa, mientras dejaba caer de nuevo la tela que la cubría, eliminando la imagen de vergüenza que intentaba transmitir.

Seguía intentando evitar esa risita. Poco le importaba a él en realidad. Apagó el cigarro en el marco de la ventana, y se paró a mirar como la ceniza caía hacia el suelo, precipitándose lentamente, como una caída controlada. Esos pocos segundos en su cabeza se volvieron una eternidad.

No le gustaba la ceniza. Era de un gris que no transmitía nada más que la sensación de un final inminente, imposible de impedir. Al verla solo podía pensar en que todo se acaba consumiendo. No era una sensación agradable.

Se dio la vuelta hacia la cama, a acabar lo que quedaba de oscuridad entre los brazos, la piel y sudor de esa mujer, esperando que para cuando salieran los primeros rayos de sol, la pesadilla hubiera desaparecido completamente.

Pero sabía que volvería. Tal vez no ese día, ni el siguiente. Pero siempre volvía. No podía escapar de él, le perseguía intermitentemente pero nunca

se iba del todo. Ese era el problema de que sus propios recuerdos se volvieran su peor pesadilla.